

EL ESPÍRITU (BUENO Y MALO) DE LA POLÍTICA

Salvador Harguindey

*Director del Instituto de Biología Clínica y Metabolismo, Oncología Médica,
Endocrinología y Enfermedades Neurodegenerativas.*

RESUMEN

Este artículo presenta una triple naturaleza: de opinión, crítica y político-humanística. Toma prestado el título del de un maravilloso y profético libro publicado por el ya desaparecido filósofo Raimon Panikkar (Península, 1999), un libro que todo político, profesional o no y cualquiera que sea su sensibilidad, debería tener muy presente, más hoy en día. El elevado y místico espíritu del autor, mundialmente reconocido en el ámbito de la gran cultura, introdujo el concepto de lo "metapolítico" como solución de dicotomías, hiperdualismos y confrontaciones. Tan sólo a partir de lo metapolítico la realidad externa, dice Panikkar en su libro, puede ser comprendida, pero nunca desde el nivel de conciencia del Sistema actual. La alternativa reside en dicha cosmovisión integral y ascendida, nivel desde donde se puede criticar drásticamente la política moderna como "el lugar de lo demoníaco". Insiste asimismo el autor en que "la situación del mundo actual no tiene futuro".

"La espiritualidad es la forma más elevada de conciencia política"
Ángeles Arrién

1. EL CIELO DE LA POLÍTICA: UNA VISIÓN CRÍTICA DESDE LAS ALTURAS

Panikkar dijo que el sentido de la identidad propia no ha de pasar por el filtro de la razón racionalista, sino que ha de verse desde estadios de conciencia más elevados capaces de "abrir otras ventanas", de ver el conjunto de lo real desde una nueva perspectiva inédita e integral. En sus propias palabras: "La política no puede ser ni el único ni el supremo instrumento de paz, y mientras el Sistema actual nos conduce a la muerte, sin él también morimos". Por lo cual, sigue diciendo Panikkar "sólo una transformación, una pacífica metanoia radical puede reconducirnos al camino recto". A esto se ha denominado "la necesaria conversión radical" que lleve a una nueva visión transhistórica del conjunto vital.

De los políticos, nos dice el filósofo e híbrido catalán-hindú-español, que están condenados a un idioma babilónico, basado casi exclusivamente en el propio interés. Del Sistema que no tiene cara, que es "una metástasis total". Del ser humano que está sometido al imperio de la burocracia, la cual pretende controlarlo todo. De la razón moderna que se utiliza como un arma para legitimar formas abiertas y sutiles de violencia, la que por tanto ha de ser desarmada y "realmada". De la tecnología y la tecnocracia que se ha convertido en una nueva forma de neo-totalitarismo, igual que el mercado libre de tinte neo-liberal, al que califica de "economicidio". Un modelo que "ha arrasado con el espíritu y al conquistarlo lo ha llevado a la actual catástrofe ecológica, cultural, política y espiritual".

Del burócrata en el poder hay que aprender que el narcisismo le hace inaccesible al diálogo, enfermedad moderna del ego triunfante. En este sentido Lao Tse definió el infierno como "todo intento de transmitir una gran idea a un político en el poder". Del Sistema se dice que, simplemente, "no

funciona". De los Estados que se identifican con una ideología que es siempre nefasta para las demás culturas que tienen un concepto diferente de la realidad, por lo que todas las situaciones conflictivas se colocan en un callejón sin salida. En opinión de Panikkar "la sacralización del Estado es uno de los mayores sacrilegios que se hayan cometido en el orden político", ya que representan "una concepción totalitaria", mientras que "la nación es un organismo que surge del pueblo": los pueblos-nación, cuyas normas de relación con las naciones-estado ya fueron establecidas en su día por la Asociación de los Pueblos Indígenas del Mundo (Harguindey, 2000; en: "Una visión de la vida y de la política").

Acerca del futuro, Panikkar augura que nos amenaza con una bancarrota total. Cita a fuentes y organizaciones autorizadas que pronostican que "si la civilización actual no cambia radicalmente el mundo no sobrevivirá otros cincuenta años". Defiende el concepto de "bio-región como cosmo-región", cual mito unificador de carácter cultural asociado al concepto de pueblo-nación indígena. Sin embargo, nos previene contra una gran paradoja y peligro; la de que el pueblo-nación tribal que se convierte en Estado, por ser este concepto artificial y pertenecer al de un género monocultural, "está condenado a perder su propia identidad e independencia como nación, transformación que con frecuencia acaba por ser trágica". Denosta Panikkar por igual al marxismo y al individualismo liberal de la modernidad, a los que no otorga credibilidad alguna. Critica devastadoramente la monetización de la cultura y de la ciencia, así como la politización y el materialismo de ambos. Al mismo tiempo nos asegura que "todos los Estados se sienten amenazados cuando no pueden controlar un cierto ámbito cultural", por lo que nos urge a encontrar nuevas y adecuadas formas de "convivialidad híbrida" entre Estados y Pueblos-Nación.

Se concluye que las naciones autóctonas han de salir al encuentro de un mito unificador, como proyecto humano de envergadura, que no esté fundado en la fuerza ni en el poder. En este mito reside lo metapolítico, concepto que enseña que sin cambiar la visión del mundo que nos viene dada por el reduccionista cientificismo moderno y la mentalidad dualista de la civilización occidental no se superará la crisis actual. Nuestro enemigo es el dualismo, concluye Panikkar. Y continua diciéndonos que un cambio de mentalidad hacia una nueva ecosofía integral se hace ya indispensable como proyecto político para considerar Naciones-Pueblos en vez de Naciones-Estado, reconociendo lo artificioso de las fronteras estatales, todo lo que ha hecho que el estado moderno se derrumbe. Lo que necesitamos no es un arreglo con más y más parches sociales sino algo más radical: "la materialización de una nueva civilización, una cultura desmonetizada, no a modo de sueño utópico sino como un colocar la mayor parte de los valores humanos fuera del alcance directo del poder del dinero".

Sobre la vida de las sociedades nos enseña el gran filósofo desde ultratumba que no puede ser mantenida por la fuerza, que todo "contrato social" ha de ser voluntario. En esto se basa un principio de autodeterminación de los Pueblos Indígenas del Mundo, lo que no necesariamente implica su secesión de Estados-Nación ya constituidos (independencia versus "no-dependencia"). Se defiende así una vía media, no-dualista y todo-acogedora, la única que permite un entendimiento creativo y postpatriarcal entre violentadores y violentos, desquiciantes y desquiciados, ricos y pobres, Estados-Nación y Pueblos-Nación, patriarcalismos y matriarcalismos, *logos* y *myhtos*. El secreto reside en actualizar y vitalizar una nueva "cultura híbrida y fraternal del espíritu humano" como apuesta política globalizante y universal, sin patriarcalismos subyugadores ni premodernos matriarcalismos homogeneizadores. La nueva concepción política se muestra también como de naturaleza hermenéutica, una que sea capaz de interpretar y penetrar hasta las raíces, interfecundando todas ellas hermanadoramente. *Homus politicus* capaces de integrar la verdadera sabiduría con un elevado espíritu, dentro de una conciencia, un modo de ser y de vivir que refleje una actitud universal. De esta manera lo político adquiere el papel de armonizador y mediatizador entre los extremos más distantes, siendo este su único éxito posible.

¿Qué alternativas hay? La solución comienza por la creación de "un diálogo dialógico" como interfecundación mutua entre dos lógicas y cosmovisiones parciales de signo opuesto, que de enfrentadas pasan a ser complementarias y sinérgicas. La guerra de las armas y la política se

transforma automáticamente en una creatividad compartida entre modos culturales e identidades diferentes, ya que la verdad es siempre plural. La Nueva Visión Integral, su Nuevo Paradigma, integra y sustituye a la competencia entre dos limitados monólogos sentimentales cuya única interacción es la lucha entre ellos por el poder monolítico sobre la realidad externa. Se debe de estar en el Sistema sin pertenecer al Sistema, "ser del mundo" pero no "pertenecer al mundo". Nuestra misión, integral, transpersonal y político-espiritual, consiste en trabajar creativamente desde el límite, colaborando pacíficamente "a la transformación radical necesaria". Lo demás es dualismo, parcialidad, autolimitación, pasiones negativizadas e incontrolables, odio, conflicto e incluso guerra. Lo que, inevitablemente, al final rezuma fingimiento, autoconveniencia, egocentrismo, narcisismo, idolatría por lo propio y odio a lo ajeno, algo propio de la inevitable radicalización de todo nacionalismo, pero no de un sano patriotismo, y por fin deshonestidad y mentira, aparte de falta de empatía e ignorancia autoimpuesta por doquier. Así es como sale a relucir a la palestra de la realidad externa lo peor del ser humano para ser atrapado en una vorágine descendente y en el remolino de su propio caos.

Se nos aconseja huir de los extremos, tanto de "la trampa marxista" como de "la trampa liberal". La alternativa se convierte así en "una empresa del espíritu" como órgano de trascendencia de la profunda crisis actual. Para Panikkar y para el abajo firmante, "no existe alternativa en el interior del sistema", para el que incluso cualquier mejora global representaría "como un suicidio". Al no ser el Sistema autotranscendente y carecer del "necesario punto de apoyo transpolítico, que a la vez que un estado objetivo de las cosas sería un cambio ascendente en el estado subjetivo de la conciencia", no acepta competición ni alternativa alguna por muy agotado y cerrado que esté. El pensamiento único trata de imponerse imperialmente, un neofascismo pseudodemocrático. Sigue Panikkar: "el mito se ha hundido y los remiendos, las reformas superficiales prolongan la agonía pero no aportan ninguna solución. Lo primero que hay que cambiar es la estructura del pensamiento, lograr un ascenso "cuántico" de nuestros respectivos estadios de conciencia, ahora bloqueados y atrofiados dentro de su propio laberinto. Así el problema político se convierte ahora en "humano-antropológico, léase espiritual, casi religioso". Lo que permite dar un gran paso adelante y otro hacia arriba.

La verdadera alternativa también exige reconocer al otro el derecho a existir, ese otro que el Sistema tiende a ignorar. Necesitamos de una gran interfecundación cultural, una sublime y santa empatía para aprender a escuchar a las demás culturas no dominantes, invitándolas a que se expresen pacíficamente, estimulando así el nacimiento de un Nuevo Ser que haya superado la soberbia, el orgullo, el miedo, las destructivas pasiones, el desconocimiento mutuo y el narcisismo -la gran enfermedad del ego del hombre moderno, del que Carl Jung dijo que busca de un alma pero que evidentemente la ha perdido-, así como los privilegios y los desprecios. Desde esta reciprocidad se ha de desenmascarar sin miedo el neototalitarismo latente del Sistema político actual de las sociedades democráticas occidentales. Necesitamos, unos y otros, un "proceso de emancipación espiritual del Sistema". Pero hemos de aceptar que "sin una nueva toma de conciencia no se produce ningún cambio", ya que "el cambio de las estructuras es superficial y no alcanza a la raíz y al corazón del problema".

El gran peligro sigue siendo el de "dar el monopolio a la razón neo-ilustrada y sus pretensiones", así como el de odiar, ya que siempre "nos convertimos en lo que odiamos". Desde la política transpersonal e integral y lo metapolítico, optamos definitivamente por la vía de la conciliación, una niveladora de todos los extremos y altibajos, que proponga una solución humana para los seres humanos y una solución cultural para los problemas interculturales. La salvación, la sanación, ha de ser universal, capaz de acogerlo todo desde más allá de sus extremos más distantes. Y para ello hay que repensarlo todo, "superando el concepto de Estado como única base de la existencia política de la humanidad, tanto como el de soberanía absoluta". Hemos de aspirar a una "confederación de los Pueblos, a reivindicar los derechos de las Naciones sin necesidad de convertirse en Estados".

Concluye el pionero y pequeño-gran libro del añorado amigo Raimon que la verdad y con ella la verdadera vida, nunca se pueden encontrar dentro del ámbito de la política. Paralelamente, aunque

con excepciones, "la banalidad del periodismo está en las antípodas de lo auténtico, lo vivido día a día", representando "el opio del pensamiento, de la acción y de la vida". Así, a la vez que "la postmodernidad se precipita a su propia ruina, vorágine y caos, arrastrando a la humanidad tras de sí, en lo metapolítico e integral el proyecto político adquiere su alma". Llega la hora "de curar la herida de la separación dualista". Al final, "sólo los místicos sobrevivirán al mundo", grita Panikkar desde el más allá. A su vez nosotros no dudamos en hacerle el dúo de la mejor forma que sabemos. La esperanza está viva, el milagro es posible. Tan sólo hay que hacerlo. No podemos seguir mucho más tiempo esperando por Godot.

2. LA TIERRA MEDIA: INTEGRANDO CREATIVAMENTE LAS GRANDES IDEAS. EINSTEIN, EL ESTADO Y CATALUÑA.

La crisis actual, incentivada por los conflictos políticos y arrastrada al límite de lo humanamente insoportable por ese "todos contra todos" de las redes sociales, necesita de un tipo de conciencia supraconflictiva, supralaberíntica y supraracional o de una concienciación integral al mismo nivel actual de lo metapolítico, por encima de todo dualismo confrontador, también política transpersonal y posteriormente política integral por Ken Wilber. Es en este nuevo estadio supraconflictivo, actual y "taoísta", donde el "todos contra todos" actual se puede convertir en la práctica, más allá de cualquier utópico sueño irrealizable, en un "todos a favor de todos". Así se supera por arriba (cambio evolutivo ascendente) y por lo tanto se trasciende de forma natural, una situación de permanente lucha donde si unos ganan otros pierden (*a win-lose situation*) accediendo a una situación donde todas las partes ganen (*a win-win situation*).

Hoy en día las masificadas e instantáneas comunicaciones modernas y las casi siempre desenfrenadas pasiones han conseguido desplazar a las grandes ideas originales, las cuales necesitan de una creación, reposo, proceso constructivo y difusión mucho más lentas y pausadas. Trágica y lamentablemente, twitter ha sustituido a Goethe y a Dostoievski, lo que acerca a las sociedades modernas al infierno del narcisismo y las hunde en una estupidez casi universal. Por ende, el llamado pensamiento único ha destruido casi por completo una cada vez más necesaria originalidad creativa, la que siempre proviene del límite o *limes* de la realidad coyuntural, cuando no de fuera de la estrecha conciencia del racionalismo moderno, incapaz ya de integrar y superar las crecientes dificultades de relación entre individuos, comunidades, pueblos, pueblos-nación y estados.

Es por todo esto por lo que Albert Einstein dijo que él no llegó a la comprensión de la naturaleza del universo a través de su mente racional y que si no chocamos contra la razón nunca llegaremos a nada. Si siguiéramos utilizando el pensamiento del gran físico y humanista para aplicarlo tanto a la crisis entre Cataluña y el Estado como a lo que han supuesto los nacionalismos excluyentes a lo largo de la historia, añadiríamos lo que Einstein dijo en relación con estos temas y que se transcribe integrada y casi literalmente a continuación. Todo lo que sigue es cosecha einsteniana. "Los problemas más serios que tenemos no pueden ser resueltos al mismo nivel de pensamiento con el que se crearon. Aparte de ello, ni los partidos políticos, ni siquiera las asociaciones científicas, pueden pensar. Una corporación puede organizar la aplicación de un descubrimiento ya hecho, pero no hacer uno. Sólo un individuo libre puede pensar.

Mientras, los nacionalismos siempre han sido un cáncer como enfermedad infantil de la humanidad. Mientras que los dirigentes políticos, que deben sus investiduras en parte a la violencia y en parte a la elección de las masas, en lo que se refiere a intelecto y moralidad, no puede considerárseles una representación del sector más avanzado. ¡Cómo deseo que existiera una isla para aquellos que son sabios y de buena voluntad! Y es que la cultura refinada es una planta de índole sutil que sólo crece en algunos parajes, mientras que la burocracia es la muerte de cualquier logro. Así, la educación del individuo, además de promover sus habilidades innatas, debería intentar promover en él un sentimiento de responsabilidad por todos sus coetáneos sin excepción, en lugar de la glorificación del poder y del éxito en nuestra sociedad actual. Por desgracia, la realidad es que en dos semanas es

posible cambiar la opinión de la mayoría, que una vez arrastrada al odio y la exaltación está dispuesta a vestirse de soldado para matar y dejarse matar en defensa de los infames fines de cualquier ambicioso. Lo malo es que la existencia de una mayoría de estúpidos es invencible y está garantizada para siempre. El terror de su tiranía, sin embargo, se ve aliviado por su falta de consistencia. En el caso de los líderes religiosos y políticos, la mayoría de las veces no es seguro que hayan llevado a cabo más acciones buenas que malas, siendo los ejércitos, a los que odio, el peor engendro que ha salido del espíritu de las masas”.

Sigue Einstein diciendo: “Yo siempre he sido un pacifista convencido y para mí el matar en la guerra no es mejor que cometer un asesinato vulgar. Fue la impresión de que los Estados mienten intencionadamente a la juventud lo que creó en mí un intento de liberarme de las cadenas de lo personal y de una existencia dominada por deseos, esperanzas y sentimientos primitivos, encontrando la libertad y la seguridad internas en ese eterno y gran enigma que existe independientemente de los hombres y de sus deseos: el mundo extrapersonal. Por lo que el ansia de fama, riquezas, poder o éxito externo siempre me han parecido despreciables. En este sentido, nada es más necesario que superar el esnobismo de la modernidad. Así que tened mucho cuidado con los aduladores, sobre todo si vienen predicando odio. Yo reverencio al hombre que camina a través de la vida siempre ayudando, sin conocer el miedo y al que la agresividad y el resentimiento le resultan extraños. Ese es el material del que están hechos los grandes líderes morales que proporcionan consuelo para las autocreadas miserias de la humanidad. Nuestra tarea debe de ser liberarnos trascendiendo esa prisión de la vida personal, ensanchando a su vez nuestro círculo de compasión para abrazar a todas las criaturas vivientes y a la totalidad de la naturaleza en su propia belleza.

En resumen, el verdadero valor de un hombre se determina examinando en qué medida y en qué sentido ha logrado liberarse del yo, es decir, de su ego, y así de su ego-ísmo, ego-centrismo y egolatría. De todos modos, hemos de consagrar nuestra energía para luchar por lo inalcanzable, mientras que en el servicio de la vida el sacrificio se convierte en gracia. Y si justo antes de morir tratamos de reconciliarnos con todos, y al morir lo hacemos, ¿por qué esperar tanto y no hacerlo desde hoy mismo? Al fin y al cabo, mis ideas son las de un hombre honrado que desea el bienestar de la humanidad, y que, libre de prejuicios de nacionalidad o de clase, procura la armonía de la existencia individual sin tener ninguna otra relación con ninguna tradición confesional, política o religiosa”. Para finalizar, Einstein *dixit*: “La imaginación es más importante que el conocimiento. Pero tan sólo al individuo se le da un alma. Y es el destino más elevado de éste el de servir más que el de gobernar o imponerse de cualquier manera. El problema es que sólo existen dos cosas que son infinitas: el universo y la estupidez humana. Y no estoy seguro de lo primero. Así que el destino de las naciones no debe dejarse inevitablemente en manos de los irresponsables dueños del poder político.

3. EL PURGATORIO Y HASTA INFIERNO DE LA POLÍTICA. DEMOCRACIA, DEMOCRACY O DEMONCRAZY? ESPAÑA-CATALUÑA-IBERIA.

El sabio no siente deseo alguno de vencer a nadie, aparte de, como dicen los filósofos, a sí mismo. La sabiduría busca el equilibrio, la paz, y esta no queda a la derecha ni a la izquierda, sino, como dijo Hermann Hesse, está en el centro, en el propio corazón. En temas como el de Cataluña algunos, pocos, no aspiramos a ganar nada, sino solo a “empatar”. Pero la balanza se ha desviado hacia un lado, dejando a muchos en la zona de los perdedores, probablemente a todos. La tristeza invade a los más maduros y honestos. Decía el gran Abraham Maslow que desde la conciencia transpersonal (un estadio por encima del globo de conciencia y ego de la política profesional actual) en media hora se podrían hallar soluciones a la mayoría de los problemas sociopolíticos. Ese estadio es una vez más el supraconflictivo, adual, integral, pacífico y pacificador. Es decir, ver el laberinto desde arriba, posición que permite divisar de inmediato su salida, evitando así que el Minotauro nos destruya a todos, unos y otros.

Abajo, a ras de tierra, al nivel de un conflicto, la agresividad, el egoísmo, la inseguridad, el miedo, la ira y la ceguera nos atenazan. Mientras que al nuevo nivel supraegoico, es decir, por encima de cualquier ego y de sus habituales degeneraciones en ego-ísmo, ego-centrismo y/o ego-latría personal o partidista, el problema deja de existir de forma natural. Es hora de aclarar el no-partidismo de estas líneas, debido mayormente a que nuestra opinión sobre los nacionalismos corre paralelo a las de Carl Jung (“nacionalismo igual a narcisismo”), Schopenhauer (“el carácter nacional saca siempre lo peor de un ser humano”), Einstein (“los nacionalismos son la enfermedad pediátrica de la humanidad”) y Karl Popper (“los nacionalismos halagan los instintos tribales -ese sueño irracional y utópico de nacionalismo y colectivismo-, así como nuestras pasiones y prejuicios y nuestro deseo de vernos liberados de la tensión que crea la responsabilidad del crecimiento individual”). Añadiendo Popper que, para Platón, el individuo es en el campo de la política el mismísimo diablo. Todo esto no quita que cada cual tenga su propia identidad sentimental y el derecho a ser maestro en su propia casa sin que la comunidad de vecinos le imponga su voluntad, sea a través de una mayoría o una minoría, pues a ninguna de las dos les da derecho a imponerse por la fuerza sobre los demás. Así, cuando no hay ninguna solución aceptable a un problema ni en el presente ni en el futuro, significa que la solución puede estar esperándonos agazapada en el pasado para ascender desde él una vez más a modo de ensayo retroprogresivo panikeriano.

Así, en el muy lejano pasado los grandes y más violentos conflictos entre pueblos, pueblos-nación, naciones y estados se resolvían de forma natural y pacífica por la llamada “recombinación de nombres”, principalmente en Oriente, en los viejos reinos taoístas. En un mucho menos lejano pasado nuestro país se llamaba Iberia, nombre que dieron los griegos a nuestra Península. Incluso hubo un tiempo que los catalanistas aspiraban a la realización de la Unión Ibérica, dando enorme importancia a la integración lingüística. A esto se le llamó “iberismo”, una integración supranacional concebible en una Península con tantos pueblos-nación y con tan diferentes y variopintas identidades sentimentales y emocionales. A ese nivel supralaberántico de una supranación ibérica no hay conflicto de identidades ni imposiciones, objetivas o subjetivas.

Cada cual puede elegir ser catalán, español o vasco, o español y vasco, o catalán y español, o hasta español, vasco y gallego si quiere. Todo cabe, todo vale. Un nuevo sentimiento positivo aflora automáticamente. Así la libertad individual y colectiva son absolutas. Desde esta perspectiva el problema deja de ser político, ahí donde las emociones y apasionamientos más negativos se enfrentan. Por eso dijo con muchísima razón Panikkar que lo político es el lugar de lo demoníaco. Ahora que el problema se ha trascendido por encima del nivel del conflicto el laberinto queda abajo y el Minotauro ha perdido a su presa. Ahora todos podemos tener un carnet de identidad y sentimiento catalán, catalán y vasco, o vasco-gallego y español, como el abajo firmante. Somos partidarios de un transnacionalidad híbrida integrada bajo su bandera blanca de la paz. Las demás no interesan a la visión suprapersonal y a lo metapolítico. Nunca nos verán debajo de ninguna de ellas ni escuchando ningún himno nacional y menos sus casi siempre iguales o parecidas letras xenófobas.

Desde este nuevo paradigma de lo transpersonal-integral nos preguntamos: ¿para qué tantas discusiones pasadas, conflictos, odios y enfrentamientos entre los diversos nacionalismos e intereses de los partidos políticos y sus casi siempre inflados egos y cerrados a cal y canto narcisismos irredentos? La democracia de un hombre-un voto podría volver a ser algo respetable de nuevo. Porque, al menos en inglés, la *democracy* se ha vuelto ahora, una vez más, una *demoncrazy*, es decir, una locura endemoniada. Y si se ha dicho que cualquiera puede citar a Shakespeare en su propio beneficio, con la palabra democracia sucede lo mismo desde el momento en que unos deciden quién vota y quién no (la llamada “democracia interna, donde únicamente votan los que piensen como uno mismo). A partir de ese momento el conflicto no tiene marcha atrás ni solución “racional”. Además que nadie se olvide del relativo valor de los votos y los números porque fueron las mayorías, a veces absolutas, las que trajeron a la humanidad a un Hitler, al necio y estulto George Bush o a un inculto y embrutecido megalómano como Donald “Duck” Trump, entre otros. Ya que del superlíder de Corea del Norte y de

otros prepersonales y preedípicos seres “superreligiosos y extremistas fanáticos”, mejor ni hablar ni permitir que se nos acerquen.

Una limitación de la democracia son precisamente los números, porque las minorías han de tener tantos derechos como las mayorías, o incluso más, debido a su debilidad cuantitativa y en ocasiones cualitativa. Desde sus orígenes en la Grecia de Pericles, la más genuina naturaleza democrática es en esencia un asunto de evolución ascendente y cultural/espiritual del individuo y de la sociedad, así como de generosidad, de bondad, de justicia, de empatía y de intelecto. En resumen, el problema es de espíritu humano o, una vez más, espiritual. Incluso el mismísimo John Locke, padre del liberalismo, dijo que el problema de la democracia es que las mayorías pueden estar confundidas. Democracia que en gran medida también inspiró a los padres de la Constitución y de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos el “Tratado teológico-político de Espinoza”. En el cual se definen, a modo de reglas de oro, las tres funciones del sistema democrático 1) Preservar los derechos del individuo en su intimidad y vida personal; 2) Proteger al individuo de los peligros del interior de su sociedad, y 3) Preservar al individuo de los peligros del exterior. Añadiendo Espinoza: “si alguna de estas reglas no se cumple, a pesar de ser el sistema democrático el mejor sistema posible, no tiene razón de ser”. Reglas que siempre se refieren al individuo y a su libertad y en las que ni siquiera se mencionan mayorías ni minorías. Lo importante al final es no perder nunca la esperanza. Tal como dijo el añorado John Lennon: “Bien, ya lo sabes. Todos queremos cambiar el mundo”. Todos. En paz. En Iberia. Todos. Juntos y separados - separados y juntos, como superación de todo dualismo extremo. ¡Imagínatelo! Tal como tú lo imaginaste, John. *Thanks*.